

VOCES DE LA PLANICIE FÉRTIL

La acción no es suficiente para ganar el mundo

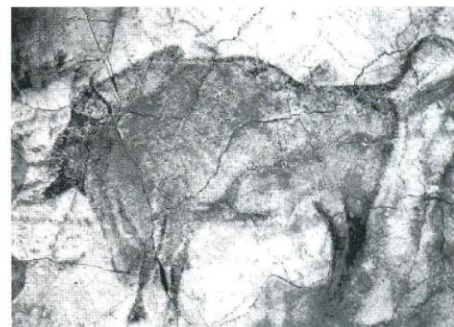
LAO TSE

¡Despierta, tienes que despertar; no seguir soñando esta desoladora ficción!

Tassili, ISAAC DE VEGA

El sacerdote, de regreso al poblado, descansa en lo alto de una colina. Contempla la sabana y escucha su rumor. En algún lugar, dos elefantes entrechocan sus colmillos, resuena en toda la zona su sonido único. A lo lejos se deslizan unas jirafas. ¡Cómo habían apresado sus movimientos y los cuerpos de que emanaban! De este modo, siempre habría jirafas y siempre comerían su carne y con su piel suave y flexible harían las polainas para la danza. Verdaderamente todo volvía a nacer como el follaje.

Viene de contemplar aquellas pinturas en las paredes del abrigo. No le atormenta corazón perezoso cada vez que realiza este viaje. Tampoco de la indolencia habían salido aquellas imágenes, imágenes de animales, y de hombres. Hombres y mujeres en movimiento, siempre a la búsqueda de algo. A la caza, consigo sus corazones de águila. Los arqueros parecen flechas lanzadas por un arco que sostendría el Creador del mundo. En Su mano, los arcos mantendrán su justeza, ellos, en las cuevas, han capturado las alas de las flechas y los lazos que las sujetan hasta la hora de partir. Todo es de ellos porque de ellos es la gruta y lo que contiene... Fascinados por el movimiento. Porque las huellas en la tierra desaparecen. Las señales de sus patas y de sus colas apresaban durante un tiempo ese animal caminando o corriendo. Apretaban su movimiento y su peso. Solo por poco tiempo. El viento, como los días, como la muerte los borraba de la cara de la tierra.



Se encamina hacia el templo. Está cerca del río. En el río están los hipopótamos. Y también los temibles cocodrilos. Pero, a pesar de arrastrarse por el suelo, los dioses los protegen: siempre tienen todos sus dientes terribles. Cuando cae alguno, en su lugar aparecerá uno nuevo. Y él, un gran sacerdote de Tassili, está casi desdentado. A este animal, sus hombres le tienen gran respeto. Porque además puede marchar sobre la cola. Los niños se ríen cuando observan las carreras que les dicta su astucia, pero los grandes han llegado a pensar si no serán la encarnación de algún dios. Otros, más orgullosos, incluso declaran que entre ellos y el cocodrilo hay un vínculo de parentesco, como otros lo dicen del lagarto ubicuo, que habita por igual entre los rumores del escondrijo y en el silencio del templo.

Pero él no les tiene simpatía. Cuando están sumergidos y con solo los ojos y las narices fuera del agua le dan miedo. Pero es un miedo raro, como a la tierra entera. Hay en ello una astucia, una disposición funesta. Casi aborrece sus grandes ojos y su pupila vertical. Esta hace pensar en una ranura, como las de entre las cañas de las chozas para, a resguardo, disparar flechas. Pone especial cuidado en mantener los rebaños apartados del río. Y vigila que no le sea sacrificado, con la excusa del descuido, ningún animal.

Se distrae contemplando los árboles; las acacias, tan bien hechas. En ocasiones resulta un suave lanzazo, una inquietud contemplarlas. No puede explicarse por qué una de las maravillas de la creación, le produce esas emociones que le asaltan como formación de arqueros. Le gustaría saber quién está al frente y a dónde quiere ir. Esta incertidumbre le impulsa a entrar en la cabaña del templo y salir con las pieles de gacela en las que están los viejos dibujos que refuerzan lo que se sabe desde siempre y dicen las leyendas y los cantos.

Mira. Y recuerda algunos de los hechos ocurridos en tiempos de los antepasados, aquellos seres admirables, los hombres más grandes que nunca existieron. Sobre todo le atrae el relato de la gran invasión venida del este. Feroces mujeres, protegidos sus cuerpos por pieles de grandes serpientes, destrozan a los que huyen y humillan al sacerdote, a quien luego sacrifican. Nunca habían soportado invasión alguna, menos aún de extrañas mujeres aficionadas a la guerra. Vienen en gran número, y con los pechos fajados, y con armas nunca vistas.

Piensa en las víctimas. Y en el gran sacerdote. ¡Cuántas veces ha pensado en él! ¿Sintió, como él siente cada mañana el dolor por el color, un color benefactor, que se escapa? En cada amanecer la tierra es pálido fuego que no quema; los cuerpos se vuelven rosados, las frentes. Unos invisibles dedos vuelven dulce llama las frentes tras las que los pensamientos se guardan, las formas de los animales, la memoria de los rituales y de las curaciones, aquellas palabras que se oyen mejor que un grito. Allí, tras la frente, tendría lugar su hablar solitario. Sacerdote consultante como él, ¿qué habría descubierto del Creador de cuanto existe bajo el sol? Se pregunta también qué le lleva a querer saber los más íntimos pensamientos de su antecesor. Y es que en este relato hay algo que le hace pensar. Algo que le inquieta. Que no se puede explicar.

Mira de nuevo. Aquellas mujeres eran arqueras y sabían lanzar piedras con sujetadores de pieles. Se apoderan del sacerdote y lo ponen de rodillas, así lo tendrán hasta que la lanza lo penetre. Y hay en su rostro estupefacción. Incredibilidad. Es lo que él ve, más allá del espanto. ¿Por qué? Le parece una novedad grande. La mano de un mal aire que corrompe los sagrados ungüentos.

Entre su gente los hay partidarios de no hacer nada que no sirva para vivir cada día. Estaría bien si todos alrededor también lo fueran. Igualmente las gentes vecinas. No habría nada que deshacer ni corregir. Nada que castigar. Por negligencias cometidas nada que hacerse perdonar por los dioses. Porque sabe que la acción no basta para dominar la tierra y todo el poder que esconde. Luchas perdidas, gacelas que se escapan, buey de los queridos bueyes que arrastra el cocodrilo y despedaza con su poderosa dentadura; remedios que no curan sino que matan. Así lo han determinado los dioses. Cada uno admite su parte de los trabajos perdidos, como los árboles sus hojas y los días su luz.

Pero en el caso que le ocupa, no parece que los hechos fueran admitidos de la misma manera que otros aciagos sucesos. Ellos eran sabios. ¿Qué cosa supieron entonces? ¿Qué cosa cuando cayeron abatidas las frentes que guardan el saber, y se rompieron los dulces tarros de la fuerza dentro de los pechos, y la larga alegría?

Piensa en sus templos colosales. Porque tendrían que serlo. Está seguro. Y concluye que el ser humano que él conoce no es por naturaleza partidario de la quietud. Hay algo que le impulsa a hacer. A querer poder hacer. ¿Acaso Dios

no es *El que hace*? Y hay algunos a los que si se les impidiera hacer se morirían de tristeza. No ser el buey que se contenta con el pasto, sino el que pastorea bueyes. El que pinta bueyes y hace que se multipliquen, como las nubes en constante nacimiento.

Cada vez está más convencido de que el sacerdote antepasado llegó a comprender algo. Hasta entonces había sido el Mago, el intermediario entre el cielo y la tierra, el hombre capaz de contar con el poder de lo Alto para las necesidades de la tierra, para traer la fuerza y de todo cuanto es posible hacer se hace aquello a que empuja esa fuerza. Y el Mago, por su compasión, para que no se almacene en lo hondo y los seres se marchiten, desea dirigir esa fuerza, canalizar los poderes que le da esa fuerza a los hombres.

Pero ahora tiene las manos atadas a la espalda. Rápidamente, quizá, en estos últimos minutos, habrá hecho unos cálculos, habrá combinado figuras para obtener una imagen. Mágica. Que lo pondría todo en su lugar. Quizá pensó que todo era figura y que por las figuras podría obtenerlo todo. Intentaría dar con la combinación que los salvaría. Mas falló la parte del cielo. No sintió al cielo. En miseria quedó convertido su invisible aliento. Se rompió el Dos. No había ya Uno en que apoyar el esfuerzo del otro.

Cree que eso fue. Se sintió solo, abandonado. Sin posible retorno al Creador. Pero, ¿cómo puede ser eso? El sacerdote de Tassili no puede creerlo. Se aprieta la frente. El Creador está con nosotros. Tenemos numerosos rebaños, y liebres a nuestro alcance, y los huevos de las aves. Y gramíneas que crecen gracias a Su bondad y que recogen nuestras mujeres. Ágiles mujeres con suaves curvas a la altura del vientre, y sus senos nutricios. Ellos y ellas danzan y se adornan con pinturas y con atavíos de piel. Y aún tienen las plumas de las avestruces para alegrar sus cabellos. Y hacemos música, como el viento, y las aguas que transcurren, y la que cae sobre las hojas cuando el cielo se inunda. Y las ofrecemos al día y a la noche, a la lluvia, al sol para que se sepa que conocemos y honramos a su Autor. Y tenemos a las cuevas que guardan el secreto de nuestra prosperidad. Y a los de los ojos pequeños, los elefantes, que nos enseñan a comportarnos con nuestros hermanos y con nuestros hijos. Son más pacientes que nuestras mujeres, llevan a los suyos en el vientre duran-

te muchos más días y por eso nacen tan fuertes. Más duro es de romper el tarro de su gran fuerza protegido por los cuatro troncos de sus patas invencibles.

No obstante, es difícil aceptar que nos puede ocurrir cualquier cosa, cualquiera, la más inesperada. Que no valdrá ningún cálculo. Cree, durante un instante, que construyen las cabañas, y la más alta del templo, para que sea más notable el embate de lo no previsto: la destrucción inimaginada: el fuego, las inundaciones. Sólo conocía un límite: en las grutas de las pinturas todo permanece, como permanece la pintura en las grutas y el silencio de su interior. ¿O no habrían vivido lo suficiente los antepasados y ellos mismos para ver su derrumbe?

Es difícil aceptar que inesperadas guerreras destruyan el altar. Es imposible aceptar que inmolan a su sacerdote sobre los destrozos.

O esos destrozos no tienen importancia. Ni los seres vivos son la multiplicación que origina el Querer Hacer de un Creador. Y Él no está en cada ser multiplicado hasta el horizonte y más allá. Y de estos cualquier cosa se puede pensar. Lo peor se puede pensar. Nada hay en común con quien los hiciera y solo alteración representa lo que vive bajo el sol.

Y un fin que les sobrevendrá de cualquier modo, como si para ningún gozo hubieran sido creados, para ningún retorno. Han sido creados sin amor. Los asustados rebaños, los hombres y las mujeres vejados y muertos. Su despreocupación y desamor parecen infinitos. Y parece sobreabundar en olvido de sus seres. Y sobreabundar de sí mismo, del todo ajeno a ellos, por encima de las nubes, sin que fatiga alguna le cause la permanencia de su creación. Sin árboles, sin ríos, sin peces, sin bueyes. Con nada. Más allá de la luz está Él y nada deja ver, lejos de cuanto es corrompido, incluidos los ungüentos sagrados, olor pestilente para aquel al que nada concierne de lo que es. Dios es imposible. Y de lo existente no podemos decir nada que tenga cabeza o pie. Sí, eso fue lo que descubrió el sacerdote. Que Dios era imposible. Que no había nada semejante en ningún lugar. ¡Y ellos pensaban que era inmirable! Este descubrimiento quizá lo derribó con tanta fuerza como la de la arquera. En una visión como la de un rayo. De ahí su cara de asombro.

El sacerdote de Tassili se estremeció. Se espantó de que alguien hubiera podido leer sus pensamientos. Entró con prisa en el templo y se



inclinó. Se colocó al lado del poste que unía la tierra con el cielo, en el centro de la cabaña. Se excusó ante el Creador. El hombre que se había fijado en la cara de asombro del desdichado antecesor, y lo había transmitido en su relato de los viejos sucesos para que así fueran contados y los hábiles pintores trasladado a las pieles de gacela, ese hombre debió sufrir alguna ensoñación. Sería uno de los de más edad, como él mismo, y por tanto con una familiaridad con los días que le hacía amigo de los por venir. En esos momentos de contemplación de la catástrofe, y antes de huir enloquecido, en su cabeza se instaló el sueño de un hombre que viviría después y que ese hombre, en su ensoñación, recrearía los antiguos sucesos que también él conocía de esta forma tan desoladora. Y el sacerdote de Tassili entendió, mientras levantaba la cabeza y su espalda se iba enderezando, que sería ensoñación de alguien que otras veces poblaba sus sueños de tierras llenas de hileras de árboles diversos, con flores, con frutos; con palmeras llenas de dátiles en gran número... todo alrededor de una gran charca llena de toda clase de peces. Y él era el señor de los pájaros y los peces y los animales de la tierra, y de la caza, pero que sabía que NUNCA, de un modo o de otro, sería más que hambre. Que solo creía en la putridez del cuerpo y la nula importancia de todo y que, sin embargo, vivía y seguía viviendo, recogiendo espigas, pastoreando sus rebaños, con la estampa del sacrificio en la cara. Para ese hombre todo sería una enorme ara y el transcurrir una continua ofrenda de sus días, lacios, como deja la muerte los miembros.

Se quedó derecho, rígido un rato. ¿Qué hacer? ¿Sería verdad que no había que hacer nada, que había que retornar por el camino que otros ya habían recorrido?

No era verdad. Seguirían trabajando. Seguirían viendo cómo los árboles se desprendían de sus hojas, pero no de sus ramas. Seguirían viendo el dolor del tronco por sus ramas viejas. Siempre presentes, salvo que algún piadoso elefante las rompiera con sus colmillos.

Oyó voces, pero no se movió. De nuevo las oyó y se dio cuenta de que estaban dentro de su cabeza. ¿Voces que venían de aquella catástrofe? Le pareció que no era eso. Venían de muy lejos, sin embargo. Es la guerra, decían. Es la guerra de todos contra todos. Pensó en los hipopótamos, que defendían con sus grandes dientes su pedazo de río.

Estaba en el templo. ¿Para qué los templos? Le invadió entonces un anhelo. De ampliar su pecho. De purificar su corazón de todo cansancio. Y dirigido por esta pureza, de anhelo de acción. Porque los hombres que él conocía querían hacer. Y a todos debía ayudar a cumplir su destino. Ayudarlos a crear su sueño, porque es imposible ver lo existente y no querer multiplicarlo. Para que no les abandonen sus maravillas, multiplicarlas por toda la cara de la tierra. Ese anhelo lo invadió todo como una niebla, ocupó el templo. Como decisión de un soberano. Un dios presente. Allí estaba ese anhelo exigiendo rendición. El sacerdote se inclinó obediente. Luego llegó hasta el exterior de la cabaña. Una lluvia fina empezó a caer. Decidió permanecer hasta que acabase.

